



**PRISMA ODS**  
REVISTA MULTIDISCIPLINARIA  
SOBRE DESARROLLO SOSTENIBLE  
ISSN: 3072-8452

# INTELIGENCIA ECO-EMOCIONAL

*ECO-EMOTIONAL  
INTELLIGENCE*

**AUTOR**

CHRISTIAN ERNESTO  
LÓPEZ MACHÍN

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DEL  
ESTADO DE MORELOS  
MEXICO

## **Inteligencia Eco-Emocional**

Eco-Emotional Intelligence

*Christian Ernesto López Machín*

[christian.lopez.machin@gmail.com](mailto:christian.lopez.machin@gmail.com)

<https://orcid.org/0009-0002-6156-1795>

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

*México*

*Artículo recibido: 05/05/2026*

*Aceptado para publicación: 10/06/2026*

*Conflictos de Intereses: Ninguno que declarar*

**RESUMEN**

La crisis ambiental contemporánea ha sido abordada desde perspectivas científicas, técnicas, políticas y educativas; sin embargo, también atraviesa la vida emocional de las personas y las comunidades. Este ensayo reflexivo propone una aproximación inicial a la inteligencia eco-emocional como la capacidad de reconocer, comprender y orientar las emociones que surgen en la relación con la naturaleza, de manera que favorezcan el cuidado, la responsabilidad y la acción sostenible, desde el equilibrio ambiente y sociedad. A partir de aportes de la inteligencia emocional, la inteligencia ecológica, la conexión con la naturaleza, la ecoansiedad, el duelo ecológico, la sociología de las emociones y la educación para el desarrollo sostenible, se plantea que el vínculo entre ambiente y sociedad requiere ser pensado desde una dimensión afectiva. El texto sostiene que las emociones ambientales permiten interpretar la crisis ecológica, fortalecer el sentido de pertenencia hacia los territorios y movilizar prácticas de cuidado. En este sentido, la inteligencia eco-emocional se presenta como un campo en construcción que busca integrar sensibilidad, razonamiento y acción ante los desafíos ambientales contemporáneos. El ensayo concluye que la transformación ecológica requiere también una transformación sensible: aprender a sentirnos parte de la naturaleza puede ser una condición necesaria para habitar el planeta con mayor conciencia y transformar nuestra relación con el mundo.

*Palabras clave:* inteligencia eco-emocional, inteligencia emocional, inteligencia ecológica, educación para el desarrollo sostenible

**ABSTRACT**

The contemporary environmental crisis has been approached from scientific, technical, political, and educational perspectives; however, it also shapes the emotional lives of individuals and communities. This reflective essay proposes an initial approach to eco-emotional intelligence as the capacity to recognize, understand, and orient the emotions that arise in one's relationship with nature, in ways that promote care, responsibility, and sustainable action, grounded in a balance between environment and society. Drawing on emotional intelligence, ecological intelligence, connectedness to nature, eco-anxiety, ecological grief, the sociology of emotions, and education for sustainable development, the essay argues that the relationship between environment and society must also be understood through an affective dimension. The text suggests that environmental emotions help people interpret the ecological crisis, strengthen their sense of belonging to territories, and mobilize caring practices. In this sense, eco-emotional intelligence is presented as an emerging field that seeks to integrate sensitivity, reasoning, and action in response to contemporary environmental challenges. The essay concludes that ecological transformation also requires a sensitive transformation: learning to feel part of nature may be a necessary condition for inhabiting the planet with greater awareness and transforming our relationship with the world.

*Keywords:* eco-emotional intelligence, emotional intelligence, environmental intelligence, education for sustainability

## *INTRODUCCIÓN*

La crisis ambiental ha dejado de ser una preocupación distante. Cada vez aparece con mayor fuerza en la vida cotidiana, en las conversaciones, en las noticias, en las aulas, en las comunidades y en las formas personales de imaginar el futuro. Cuando hablamos de crisis ambiental, hablamos de factores como el aumento de la temperatura, de la pérdida de biodiversidad, de la contaminación de ríos y mares, de la deforestación, de los incendios forestales y de la alteración de ecosistemas completos (IPCC, 2022; IPBES, 2019; UNEP, 2021). Estos procesos afectan a la naturaleza, a las sociedades humanas y a las condiciones materiales que sostienen la vida. (IPCC, 2022). Sin embargo, hay una dimensión de esta crisis que durante mucho tiempo ha quedado en segundo plano: la manera en que todo esto se siente.

La relación entre emociones y naturaleza parece evidente cuando se observa desde la experiencia diaria. Un paisaje o un atardecer en la playa pueden producir calma. Un bosque montañoso puede despertar asombro. La destrucción de un territorio puede generar tristeza, enojo o impotencia. La pérdida de especies, la contaminación de un río o la transformación de un lugar significativo pueden vivirse como una forma de duelo. Esta relación ha sido abordada desde diferentes perspectivas. Kaplan (1995) mostró que los ambientes naturales poseen cualidades restaurativas para la atención y el bienestar psicológico; Cunsolo y Ellis (2018) propusieron el concepto de duelo ecológico para comprender las respuestas emocionales ante pérdidas ambientales; y Clayton y Karazsia (2020) desarrollaron una medida para estudiar la ansiedad asociada al cambio climático. La naturaleza no es un escenario externo donde ocurre la vida humana; tampoco es nuestro hogar. La naturaleza es parte de la forma en que las personas recuerdan, sienten, imaginan, descansan, se vinculan y construyen sentido, individual y colectivamente.

Comenzar a hablar de inteligencia eco-emocional puede ser necesario: ¿qué capacidades necesitamos desarrollar para comprender emocionalmente nuestra relación con el ambiente? ¿cómo estas emociones pueden llevarnos al cambio? ¿por qué actuamos desde lo que sentimos y queremos? Estas preguntas surgen en un momento donde la información ambiental es abundante, pero no siempre logra convertirse en cuidado. Sabemos ahora más sobre los daños ecológicos, sus causas y sus consecuencias. Aun así, muchas veces seguimos actuando como si ese conocimiento no nos involucrara del todo. La distancia entre saber y actuar muestra que el problema ambiental tiene una profundidad afectiva que merece ser pensada.

¿Y por qué abordar la acción desde una competencia cognitiva? Comprender las emociones implica razonamiento y acción. Esta relación puede pensarse desde el modelo cognitivo, en el que las emociones se vinculan con la manera en que las personas interpretan una situación, valoran su significado y responden ante ella (Beck, 1976; Lazarus, 1991). Si una persona experimenta ansiedad, tristeza, culpa, esperanza o indignación ante la crisis ambiental, esas emociones pueden comprenderse como parte de un proceso de interpretación del mundo, no como reacciones separadas de la comprensión o de la conducta.

Hablar de inteligencia eco-emocional implica reconocer que las emociones participan en la forma en que las personas interpretan la realidad, valoran lo que ocurre, se relacionan con los demás y deciden cómo actuar. Desde la inteligencia emocional, Salovey y Mayer (1990) propusieron que las emociones pueden percibirse, comprenderse, regularse y utilizarse para facilitar el pensamiento y la acción. Desde la inteligencia ecológica, Goleman (2009) planteó que nuestras decisiones cotidianas tienen impactos ambientales que muchas veces permanecen ocultos, por lo que es necesario aprender a reconocer las consecuencias ecológicas de lo que consumimos, elegimos y hacemos.

El presente ensayo tiene como objetivo abrir paso a la inteligencia eco-emocional como una aproximación inicial para pensar la relación entre emociones, naturaleza y acción ambiental. Se parte de la idea de que el cuidado del ambiente requiere conocimiento, sensibilidad, regulación emocional, sentido de interdependencia y capacidad para actuar ante problemas complejos. La inteligencia eco-emocional se propone aquí como un campo en construcción, orientado a comprender cómo las personas reconocen, interpretan y orientan las emociones que surgen en su relación con la naturaleza, a su cuidado y a su preservación.

## **DESARROLLO**

### INTELIGENCIA EMOCIONAL

La inteligencia emocional abrió una puerta importante para comprender el papel de las emociones en la vida humana. Desde la propuesta clásica de Salovey y Mayer (1990), las emociones fueron entendidas como procesos que pueden percibirse, comprenderse, regularse y utilizarse para favorecer el pensamiento. Esta idea permitió cuestionar la separación rígida entre razón y emoción. Sentir no equivale a perder claridad. Muchas veces, sentir permite reconocer lo que importa, identificar riesgos, valorar vínculos y orientar decisiones. Las

emociones comunican necesidades, revelan preocupaciones y participan en la forma en que una persona interpreta su realidad.

Con el tiempo, la inteligencia emocional se volvió un campo amplio. Ha sido aplicada a la educación, el bienestar, las relaciones interpersonales, la salud, el liderazgo y la convivencia. Mayer *et al.* (2008) señalaron que la inteligencia emocional forma parte de las habilidades humanas vinculadas con el razonamiento sobre las emociones y con el uso del conocimiento emocional. Esta perspectiva resulta valiosa ya que permite comprender que una emoción no es un simple impulso. Una emoción puede ser una vía de lectura de la experiencia, una señal de ajuste o desajuste, una orientación para actuar con mayor conciencia.

Sin embargo, una parte importante de la inteligencia emocional ha centrado su atención en la persona y en sus relaciones sociales inmediatas. Se habla de autoconocimiento, regulación, empatía, habilidades sociales y bienestar (Bisquerra, 2020). Estos elementos son esenciales, pero dejan abierta una pregunta que se vuelve cada vez más urgente: ¿qué ocurre con las emociones que surgen de nuestra relación con la naturaleza? La angustia ante el cambio climático, la gratitud hacia un territorio, el apego a un lugar, la indignación ante la destrucción o la esperanza frente a una acción de restauración forman parte de la vida emocional. Su importancia no es menor. Estas emociones muestran que el vínculo con el ambiente participa en la manera en que una persona se comprende a sí misma y comprende su lugar en el mundo.

## INTELIGENCIA ECOLÓGICA

Por su parte, la inteligencia ecológica ha permitido pensar la interdependencia entre las decisiones humanas y los sistemas naturales. Goleman (2009) planteó que muchos actos cotidianos tienen consecuencias ambientales ocultas. Comprar, desechar, consumir energía, elegir alimentos o desplazarse son acciones que forman parte de cadenas más amplias de impacto. Pensar ecológicamente implica reconocer esas conexiones y actuar con mayor responsabilidad. Desde esta mirada, la inteligencia no se reduce a resolver problemas personales o técnicos. También implica entender la red de relaciones que sostiene la vida.

Bowers (2010) desarrolló una crítica profunda a los modelos educativos que reproducen formas de pensamiento desconectadas de la cultura, la comunidad y los ecosistemas. Desde esta postura, fomentar inteligencia ecológica exige revisar los supuestos que colocan al ser humano como centro absoluto de la existencia. La educación ambiental, con ello, requiere algo más que

contenidos sobre contaminación, reciclaje o cambio climático. Necesita formar una sensibilidad capaz de reconocer los límites de la vida, la dependencia mutua entre seres vivos y la responsabilidad que surge de habitar un mundo compartido.

En años recientes, la inteligencia ecológica ha sido trabajada incluso desde propuestas de medición y evaluación. Okur-Berberoglu (2020), por ejemplo, desarrolló una escala de inteligencia ecológica para adultos. Esto muestra que el concepto ha adquirido valor en ámbitos psicológicos y comunitarios. A pesar de ello, aún queda una zona que necesita mayor integración: el lugar de las emociones en esa comprensión ecológica. Una persona puede conocer los impactos ambientales de sus decisiones y, al mismo tiempo, no sentirse vinculada con aquello que intenta proteger. Puede entender la gravedad de la crisis climática y sentirse paralizada. Puede reconocer la pérdida de biodiversidad y vivirla como una noticia lejana. Allí aparece la necesidad de pensar el paradigma eco-emocional.

#### CONEXIÓN CON LA NATURALEZA Y VIDA AFECTIVA

La conexión con la naturaleza ayuda a comprender esta relación. Mayer y Frantz (2004) propusieron la idea de conexión con la naturaleza como una experiencia subjetiva de pertenencia al mundo natural. Esta conexión no depende únicamente de conocer datos sobre los ecosistemas. Tiene que ver con sentirse parte de ellos. Implica cercanía, sensibilidad, reconocimiento y afecto. Los estudios de Mackay y Schmitt (2019), así como de Whitburn, Linklater y Abrahamse (2020), han mostrado que la conexión con la naturaleza se asocia con conductas proambientales. Este hallazgo es relevante ya que sugiere que el cuidado ambiental se fortalece cuando las personas experimentan algún grado de vínculo afectivo con el mundo natural.

La naturaleza, además, participa en el bienestar psicológico. Kaplan (1995) señaló que los ambientes naturales pueden tener beneficios restaurativos, especialmente en la atención y la recuperación mental. Muchas personas reconocen esta experiencia sin necesidad de nombrarla técnicamente. Caminar entre árboles, escuchar agua correr, observar el cielo o permanecer en un espacio verde puede modificar el estado emocional. La naturaleza regula, acompaña, calma, despierta recuerdos y permite respirar de otra manera. Esta experiencia cotidiana muestra que el ambiente no está fuera de la vida emocional. Forma parte de ella.

### *Ecoansiedad, Duelo Ecológico y Pérdida de Sentido*

La crisis ambiental ha hecho visible esta relación por una vía dolorosa. Clayton y Karazsia (2020) desarrollaron una escala para medir ansiedad relacionada con el cambio climático. Su trabajo muestra que la preocupación climática puede afectar el funcionamiento emocional y cognitivo. La ansiedad climática no surge de una amenaza imaginaria. Aparece ante un futuro que se percibe incierto, ante daños que ya están ocurriendo y ante la sensación de que las respuestas disponibles son insuficientes. En especial para muchas personas jóvenes, el cambio climático se ha convertido en una preocupación íntima, ligada a la posibilidad de imaginar un proyecto de vida: su propio futuro.

Cunsolo y Ellis (2018) propusieron el concepto de duelo ecológico para referirse a las respuestas emocionales ante pérdidas ambientales. Este duelo puede surgir cuando desaparecen paisajes, especies, territorios o formas de vida asociadas a un lugar. Una comunidad que pierde un río, un bosque o una zona de cultivo, además de perder un recurso, pierde memorias, prácticas, vínculos y significados. Comtesse *et al.* (2021) señalan que el duelo ecológico puede entenderse como una respuesta funcional ante el cambio ambiental, aunque puede convertirse en un riesgo para la salud mental cuando no encuentra espacios de elaboración.

Pensar en duelo ecológico obliga a mirar la crisis ambiental desde otra profundidad. La degradación de un ecosistema no afecta únicamente a las especies que lo habitan. También transforma la vida emocional de quienes dependen de él, lo recuerdan, lo cuidan o lo consideran parte de su identidad. Un territorio puede ser fuente de alimento, lugar de infancia, espacio de encuentro, memoria familiar o símbolo comunitario. Cuando ese territorio se destruye, surge una herida afectiva que requiere escucha y reconocimiento.

### *Emociones, Defensa Ambiental y Acción Colectiva*

Las emociones ambientales no son respuestas aisladas. La sociología de las emociones ha mostrado que el miedo, la indignación, la esperanza, la tristeza o el apego pueden organizar formas de acción colectiva. Poma (2022) ha analizado el papel de las emociones en la defensa del ambiente, destacando que los conflictos socioambientales no se explican únicamente por intereses materiales. Desde Gravante y Poma (2023) las comunidades defienden territorios porque en ellos hay vida, historia, pertenencia y sentido. La emoción, en estos casos, es parte de lo que permite sostener la defensa.

Kleres y Wettergren (2017) estudiaron emociones como el miedo, la esperanza, el enojo y la culpa en el activismo climático. Su trabajo permite comprender que las emociones pueden orientar la acción de maneras distintas. El miedo puede bloquear cuando se vive como amenaza imposible de enfrentar. En otros contextos, puede advertir y movilizar. La culpa puede quedarse en malestar individual, aunque también puede abrir una pregunta ética sobre la responsabilidad. La esperanza puede ser frágil si se basa en negar la gravedad del problema, pero puede sostener procesos colectivos cuando se vincula con acciones concretas. Las emociones necesitan ser comprendidas y acompañadas para transformarse en compromiso.

### HACIA UNA COMPRENSIÓN ECO-EMOCIONAL

Aquí se vuelve pertinente hablar de inteligencia eco-emocional como una posibilidad conceptual. Hablar de ella se trataría de reconocer una zona de encuentro entre inteligencia emocional, inteligencia ecológica, conexión con la naturaleza, psicología ambiental, educación para la sostenibilidad y sociología de las emociones. Esta zona de encuentro parte de una idea sencilla: la manera en que sentimos la naturaleza influye en la manera en que la pensamos, la habitamos y la cuidamos.

La educación para el desarrollo sostenible ha señalado la importancia de formar conocimientos, habilidades, valores y actitudes que permitan tomar decisiones responsables (UNESCO, 2020). Este marco resulta necesario, pero puede enriquecerse al colocar con mayor claridad la dimensión emocional. Educar para la sostenibilidad requiere trabajar con pensamiento crítico y participación social. Requiere, además, ayudar a las personas a reconocer lo que sienten ante la crisis ambiental. La ecoansiedad, la tristeza, la culpa o la indignación pueden volverse cargas difíciles de sostener cuando se viven en soledad. En contextos educativos, pueden convertirse en punto de partida para la reflexión y la acción situada.

La inteligencia eco-emocional tendría que comenzar por reconocer que las emociones ambientales ya existen. Las personas sienten la crisis ecológica de muchas maneras, aunque no siempre tengan palabras para expresarlo. Algunas se preocupan por el futuro. Otras sienten desesperanza. Algunas se indignan ante la injusticia ambiental. Otras se desconectan porque el problema parece demasiado grande. Hay quienes encuentran consuelo en la naturaleza y quienes han perdido el acceso a esos espacios. Hay quienes actúan desde el amor por un territorio y quienes necesitan reconstruir su vínculo con el ambiente. Nombrar esta diversidad emocional puede ser el primer paso para comprenderla.

### *Bienestar Humano y Salud Planetaria*

Este enfoque también permite revisar la idea de bienestar. El bienestar humano suele pensarse desde la salud, la familia, el trabajo, la economía o las relaciones sociales. Todo eso importa, pero la vida humana depende de condiciones ecológicas concretas. Respiramos aire, bebemos agua, habitamos territorios, comemos alimentos producidos por sistemas naturales y compartimos el planeta con otras formas de vida. Cuando esas condiciones se deterioran, el bienestar emocional también se ve afectado. La salud mental no ocurre fuera del ambiente. La salud mental ocurre dentro de él.

Hablar de inteligencia eco-emocional puede ayudar a evitar dos extremos frecuentes. El primero es reducir la crisis ambiental a información técnica, como si bastara con explicar mejor los datos para transformar la conducta. El segundo es convertir la emoción en una experiencia desbordada, sin orientación ni posibilidad de acción. Entre ambos extremos se necesita una forma de comprensión que integre conocimiento, sensibilidad, regulación y compromiso. Saber sin sentir puede producir distancia. Sentir sin comprender puede producir parálisis. La articulación entre ambas dimensiones puede abrir posibilidades más profundas de cuidado.

### *Educación, Sensibilidad y Esperanza Activa*

Esta reflexión tiene especial importancia en la educación. Las nuevas generaciones crecerán en un mundo marcado por desafíos ambientales intensos. No basta con enseñarles qué es el cambio climático o cuáles son los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Necesitan herramientas para procesar emocionalmente el mundo que están heredando. Necesitan espacios para hablar de miedo sin quedar atrapados en él, de culpa sin reducirla a castigo, de tristeza sin convertirla en resignación, de esperanza sin negar la complejidad del problema. Educar desde una sensibilidad eco-emocional implica formar personas capaces de mirar el daño, sostener la pregunta ética, pensar la realidad críticamente y actuar desde sus posibilidades reales.

En la vida comunitaria ocurre algo similar. Las respuestas ambientales más significativas suelen surgir cuando las personas reconocen que comparten un problema y un vínculo. Restaurar un espacio, defender un territorio, cuidar el agua, sembrar árboles, modificar prácticas de consumo o construir redes de apoyo son acciones que requieren información y organización. También requieren confianza, pertenencia, memoria y afecto. Las comunidades no se movilizan únicamente por datos. Se movilizan porque algo les importa.

Por ello, la inteligencia eco-emocional puede pensarse como una invitación a recuperar el vínculo. No un vínculo idealizado ni ingenuo, sino uno capaz de reconocer la complejidad del momento actual. Amar la naturaleza no impide ver los conflictos sociales, económicos y políticos que atraviesan la crisis ambiental. Sentir dolor por la pérdida ecológica no reemplaza la necesidad de políticas públicas, regulación, justicia ambiental y cambios estructurales. La emoción no sustituye la acción organizada. La emoción puede darle profundidad, análisis, sentido y continuidad al cambio.

## **CONCLUSIONES**

Estos primeros apuntes buscan abrir un camino. La inteligencia eco-emocional podría entenderse, de manera inicial, como la capacidad de reconocer, comprender y orientar las emociones que surgen en la relación con la naturaleza, de manera que favorezcan el cuidado, la responsabilidad y la acción sostenible, desde el equilibrio ambiente y sociedad. Esta aproximación tendría que dialogar con la investigación existente, evitar afirmaciones apresuradas y construirse con bases teóricas y empíricas sólidas. Su valor inicial está en nombrar una necesidad: aprender a sentir ecológicamente para cuidarnos con conciencia.

La pregunta que da origen a esta reflexión sigue abierta. ¿Qué significa ser emocionalmente inteligente en un mundo ambientalmente herido? Tal vez significa reconocer que la tristeza por la pérdida de un ecosistema no es debilidad. Que la ansiedad climática no debe ridicularizarse. Que la esperanza necesita práctica y comunidad. Que la empatía puede extenderse hacia otros seres vivos. Que la regulación emocional puede ayudar a sostener el compromiso sin caer en la desesperación. Que el cuidado ambiental requiere una vida afectiva capaz de reconocer la interdependencia.

Quizá el desafío de nuestro tiempo sea aprender a vivir de otra manera. Pero vivir de otra manera implica sentir de otra manera. Implica dejar de mirar la naturaleza como fondo silencioso de la actividad humana y comenzar a reconocerla como parte de nuestra propia vida afectiva. La inteligencia eco-emocional, entendida como campo en construcción, puede ayudarnos a formular esa tarea. Comenzar a hablar de inteligencia eco-emocional parece pertinente. Alegrarnos por el bienestar ecológico, resguardarnos en la naturaleza y sentir la lluvia en nuestra piel, son ejemplos claros de afectividad hacia nuestro entorno.

Sí, la crisis ambiental exige transformaciones tecnológicas, políticas, económicas y culturales. También exige una transformación sensible en la forma de habitar el planeta. Necesitamos aprender a mirar la naturaleza como parte de nuestra historia emocional, no como un objeto externo a nuestra existencia, y menos reducirla a nuestro hogar. La Tierra sostiene nuestras memorias, nuestros cuerpos, nuestras relaciones y nuestras posibilidades de futuro. La Tierra sostiene nuestra cultura, nuestros valores: sostiene lo que somos, y lo que seremos. Sentir esa conexión puede ser una condición para actuar con mayor responsabilidad. Quizá sentir una verdadera conexión con nuestro entorno sea la única forma de transformar al mundo.

## REFERENCIAS

- Beck, A. T. (1976). *Cognitive therapy and the emotional disorders*. International Universities Press.
- Bisquerra Alzina, R. (2020). *Un modelo de competencias emocionales*. Red Internacional de Educación Emocional y Bienestar. <https://www.rafaelbisquerra.com/un-modelo-de-competencias-emocionales/>
- Bowers, C. A. (2010). Educational reforms that foster ecological intelligence. *Teacher Education Quarterly*, 37(4), 9–31. <http://www.jstor.org/stable/23479456>
- Clayton, S., & Karazsia, B. T. (2020). Development and validation of a measure of climate change anxiety. *Journal of Environmental Psychology*, 69, 101434. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2020.101434>
- Comtesse, H., Ertl, V., Hengst, S. M. C., Rosner, R., & Smid, G. E. (2021). Ecological grief as a response to environmental change: A mental health risk or functional response? *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(2), 734. <https://doi.org/10.3390/ijerph18020734>
- Cunsolo, A., & Ellis, N. R. (2018). Ecological grief as a mental health response to climate change-related loss. *Nature Climate Change*, 8, 275–281. <https://doi.org/10.1038/s41558-018-0092-2>
- Goleman, D. (2009). *Ecological intelligence: How knowing the hidden impacts of what we buy can change everything*. Broadway Books.
- Gravante, T. y Poma, A. (2023). *Emociones y activismos de base*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM. <https://ru.ceiich.unam.mx/handle/123456789/4106>

- Intergovernmental Panel on Climate Change [IPBES]. (2019). *Global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. IPBES Secretariat.  
<https://doi.org/10.5281/zenodo.3831673>
- Intergovernmental Panel on Climate Change [IPBES]. (2022). *Climate change 2022: Impacts, adaptation, and vulnerability. Contribution of Working Group II to the Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change* (H.-O. Pörtner, D. C. Roberts, M. Tignor, E. S. Poloczanska, K. Mintenbeck, A. Alegría, M. Craig, S. Langsdorf, S. Löschke, V. Möller, A. Okem, B. Rama, Eds.). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781009325844>
- Kaplan, S. (1995). The restorative benefits of nature: Toward an integrative framework. *Journal of Environmental Psychology*, 15(3), 169–182. [https://doi.org/10.1016/0272-4944\(95\)90001-2](https://doi.org/10.1016/0272-4944(95)90001-2)
- Kleres, J., & Wettergren, Å. (2017). Fear, hope, anger, and guilt in climate activism. *Social Movement Studies*, 16(5), 507–519. <https://doi.org/10.1080/14742837.2017.1344546>
- Lazarus, R. S. (1991). *Emotion and adaptation*. Oxford University Press.
- Mackay, C. M. L., & Schmitt, M. T. (2019). Do people who feel connected to nature do more to protect it? A meta-analysis. *Journal of Environmental Psychology*, 65, 101323. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2019.101323>
- Mayer, F. S., & Frantz, C. M. (2004). The connectedness to nature scale: A measure of individuals' feeling in community with nature. *Journal of Environmental Psychology*, 24(4), 503–515. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2004.10.001>
- Mayer, J. D., Roberts, R. D., & Barsade, S. G. (2008). Human abilities: Emotional intelligence. *Annual Review of Psychology*, 59, 507–536. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.59.103006.093646>
- Okur-Berberoğlu, E. (2020). An ecological intelligence scale intended for adults. *World Futures*, 76(3), 133–152. <https://doi.org/10.1080/02604027.2020.1730735>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO]. (2020). *Education for sustainable development: A roadmap*. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000374802>
- Poma, A. (2022). Incorporar las emociones en los análisis socioambientales. En Gravante, T. y Poma, A. (Coords.). *Emociones y medio ambiente. Un enfoque interdisciplinario*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. UNAM. (pp. 15 – 28).

[https://ru.ceiich.unam.mx/bitstream/123456789/3940/1/Emociones\\_y\\_medio\\_ambiente\\_un\\_enfoque\\_interdisciplinario.pdf](https://ru.ceiich.unam.mx/bitstream/123456789/3940/1/Emociones_y_medio_ambiente_un_enfoque_interdisciplinario.pdf)

Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente [UNEP]. (2021). *Making peace with nature: A scientific blueprint to tackle the climate, biodiversity and pollution emergencies*. United Nations Environment Programme.

Salovey, P., & Mayer, J. D. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition and Personality*, 9(3), 185–211. <https://doi.org/10.2190/DUGG-P24E-52WK-6CDG>

Whitburn, J., Linklater, W., & Abrahamse, W. (2020). Meta-analysis of human connection to nature and proenvironmental behavior. *Conservation Biology*, 34(1), 180–193. <https://doi.org/10.1111/cobi.13381>

© Los autores. Este artículo se publica en Prisma ODS bajo la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0). Esto permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, incluidos fines comerciales, siempre que se otorgue la atribución adecuada a los autores y a la fuente original.



**doi**: <https://doi.org/10.65011/prismaods.v5.i2.258>

**Cómo citar este artículo (APA 7ª edición):**

López Machín, C. E. . (2026). Inteligencia Eco-Emocional. *Prisma ODS: Revista Multidisciplinaria Sobre Desarrollo Sostenible*, 5(2), 828-841. <https://doi.org/10.65011/prismaods.v5.i2.258>